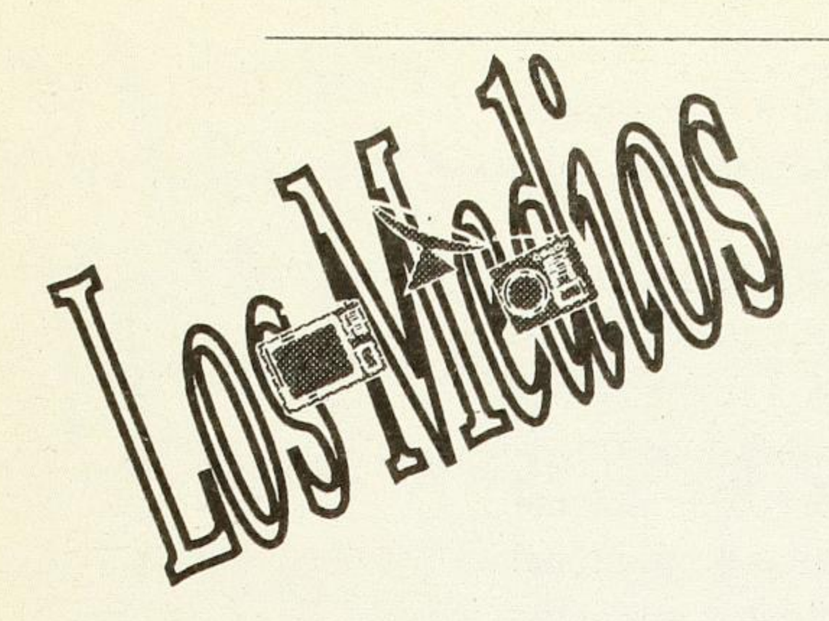


Leer y ver televisión

Mercedes Charles
mcharles@sol-com.com

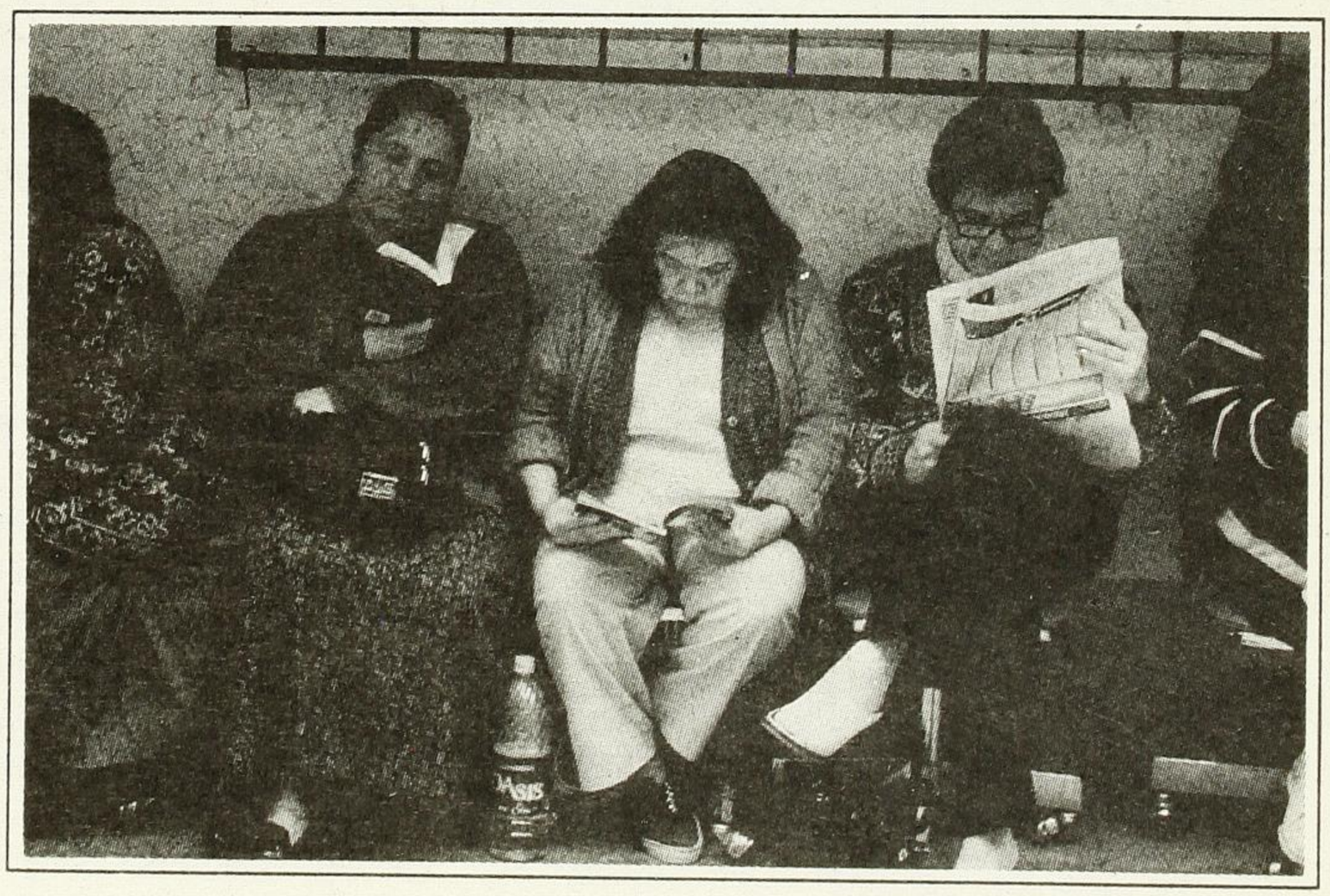
Hemos escuchado en muchas ocasiones que la televisión está acabando con el libro. Ciertamente, hay datos que muestran lo anterior: mientras la industria editorial lleva varias décadas en una crisis bastante severa, las grandes cadenas de televisión están en auge; los libros no tienen el éxito esperado y los tirajes son pequeños, mientras vemos emerger cientos de canales televisivos que tienen al planeta entero como público.

Es un hecho que en muchos hogares donde los únicos libros que hay en su interior son los textos escolares, no falta un televisor ubicado estratégicamente. ¡Es verdad que es mucho más fácil ver televisión que leer un libro! La televisión está ahí, a unos cuantos pasos; prenderla no cuesta ningún esfuerzo y ser su receptor es sumamente tentador. En cambio, la lectura sí implica entrega y ser lector asiduo no es nada fácil, sobre todo si desde temprana edad no adquirimos el hábito de serlo. Por ello, casi todas las personas dedicamos mucho más tiempo a ver televisión que a la lectura.

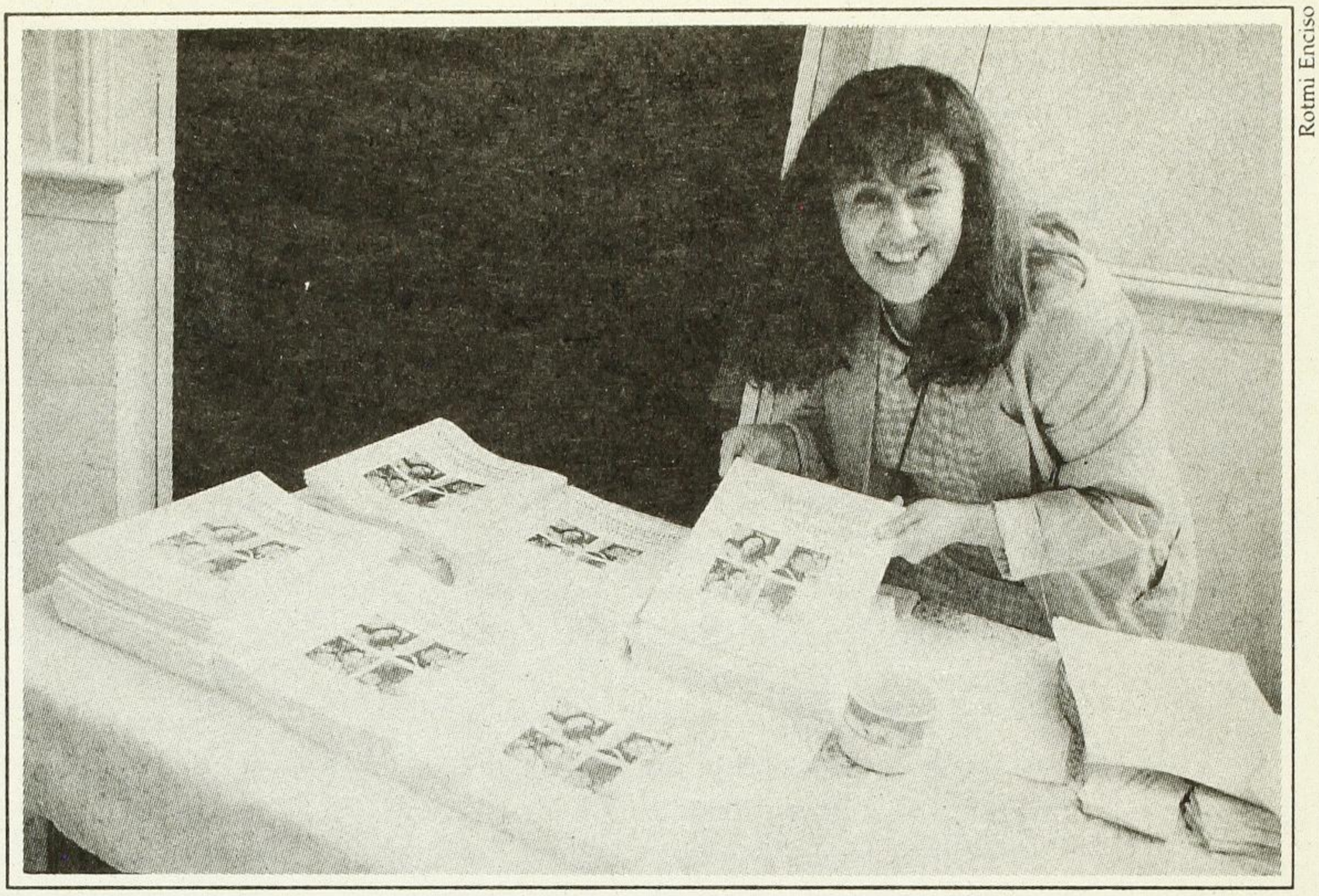
Se han escrito muchas líneas sobre la falta de interés por la lectura que tenemos los habitantes de países como el nuestro. En una lista elaborada por la UNESCO se muestran estadísticas sobre los hábitos de lectura en 108 naciones, ahí México penosamente se ubica en el penúltimo lugar.

Leer implica un aprendizaje que pocas veces relacionamos con el gozo y el placer, quizás porque en las familias no hemos sido capaces de transmitir lo anterior a las niñas y niños, desde que son pequeños. En cambio, parece que hemos tenido una habilidad sorprendente para iniciarlos al mundo de la televisión.

Sin ser excluyentes, ambas actividades compiten para llenar el tiempo libre de las personas, sin importar cuál sea su edad o condición social. El perdedor es casi siempre el libro, sobre todo en países donde no hay una cultura que dé importancia a la lectura. En las na-


Rotmi Enciso

ciones desarrolladas se calcula que las personas leen un promedio de 20 libros por año, mientras que en México, no llegamos ni a tres. La hipótesis que predomina para explicar esto es que ni en la familia ni en la escuela se nos enseña que la lectura puede ser un placer.


Rotmi Enciso

Por ello es importante que en ambas instituciones existan espacios y tiempos que permitan hacer de la lectura una actividad interesante y divertida. En un principio, la familia tiene el protagonismo. Es ella quien puede propiciar un tiempo compartido entre dos universos: el adulto y el infantil, en una actividad que enseña y que sorprende, pero que también es capaz de propiciar una relación cálida y un diálogo creativo que permite expresar ideas, elaborar preguntas, aprender pautas culturales y alimentar sueños y fantasías.

El hogar es el núcleo principal para adquirir gusto por la lectura. Plantea Yolanda Reyes, en su texto *Nidos para la lectura*: "...hablar de lectura en el hogar es diferente a hablar de la lectura en la escuela... El hogar proporciona el contexto, el para qué; el hogar es el nido en el que la lectura encuentra o desencuentra eso que se llama un *sentido primordial*. Creo que es ahí, en la revelación de ese sentido primordial, donde ubico el papel de los padres como insustituible e indelegable... la idea de la lectura como un acto de desciframiento vital es un asunto que comienza en la casa y que está ligado a los orígenes de los seres humanos, a sus historias familiares y viscerales, a los hilos de la memoria, que los enredan en una trama de significados, mucho más allá del lenguaje escolar."

En el hogar es donde también se aprende a ver televisión desde una edad temprana. Las imágenes en movimiento, los colores, la música, las palabras, son como un imán que inmediatamente atrae la atención de todos, sin importar la edad.

Ciertamente, en el leer y en el ver televisión, el ejemplo y la actitud de los padres y madres establecen la pauta. Por tanto, el punto de partida no es cuestionarnos por qué las niñas y los niños no leen y sí ven muchas horas de televisión, sino más bien tenemos que revisar en primer lugar la posición, conciente o inconciente, que tenemos los adultos con relación a ambas actividades. Habría que preguntarnos, entonces, qué tanto leemos y gozamos la lectura nosotros mismos, cuántas horas y qué programas vemos en la televisión, qué tanto hemos iniciado en la lectura a nuestros hijos, cuánto tiempo y qué les permitimos ver de televisión. Es importante analizar nuestra posición porque es ahí donde se origina el primer gusto o el primer desdén por la lectura, así como el afán de ver televisión.

DESCIFRAR SIGNIFICADOS

Los niños y las niñas no nacen como lectores ni como receptores de televisión. Poco a poco van aprendiendo sus códigos y a desentrañar los significados que transmiten: en el libro, la palabra escrita es la que predomina; en la televisión, el papel protagónico es la imagen quien lo tiene.

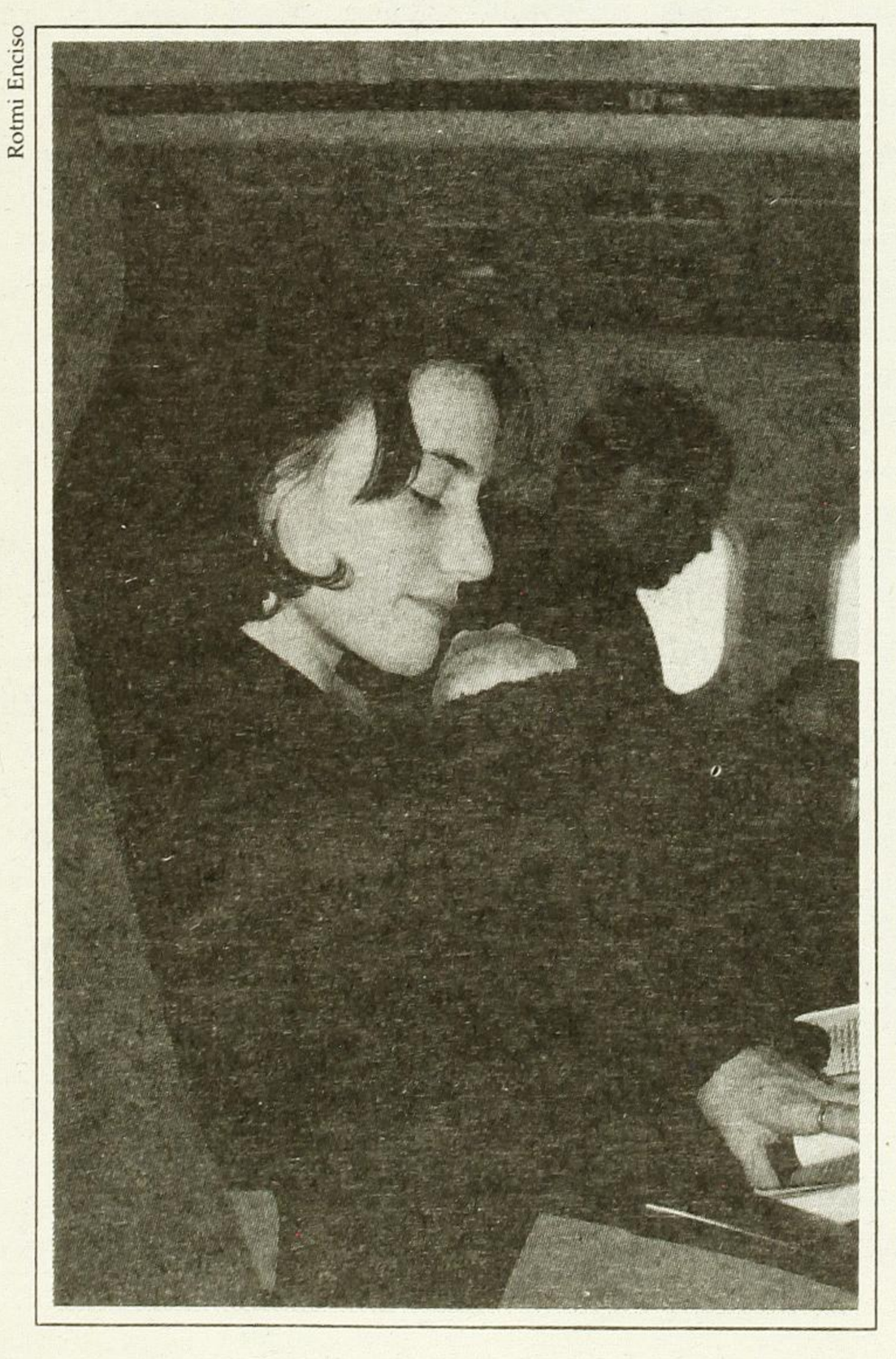
Es en la familia donde adquirimos nuestra primera relación con la palabra y con la imagen. Las madres son quienes por lo general hablan al recién nacido y desde temprana edad lo introducen a la palabra con cantos y poesías, con la rima repetida presente en los primeros juegos y canciones de cuna. "Lo que cuenta aquí son las sonoridades, las repeticiones, las alternancias –escribe Yolanda Reyes-. Ese po-

der mágico de la palabra que va y viene, que canta, que nos envuelve en la sonoridad y que nos situa en posesión de lo poético.

"Es así como antes del primer año de vida y, con un sencillo repertorio, nuestra experiencia como lectores ha estado profundamente ligada al afecto y nos ha enseñado mucho sobre los usos poéticos del lenguaje, o, para usar palabras más literarias, sobre su función expresiva. Por ejemplo, aprendemos sin saber a qué horas, que las palabras son etiquetas mágicas y sonoras; que cantan, que suenan y que tienen ritmo; que sirven de arrullos para dormir, que acompañan, que quitan las sombras e incluso que tienen usos insospechados como hacer llover, salir el sol o curar el dolor."

Si los padres y madres valoran la lectura, comprarán los primeros libros donde la imagen predomina y son ellos y ellas quienes van interpretando y contando historias imaginarias sobre aquello que aparece en sus páginas. Van guiando paso a paso la introducción de sus hijas e hijos a la lectura; los sientan en su regazo, relacionando así sus primeras lecturas con el afecto, con la relación amorosa, con la cercanía, con el placer...

Rotmi Enciso



Sin embargo, en forma paralela el pequeño o pequeña empieza su relación con la pantalla chica. Al principio y sólo en ocasiones que son más bien escasas, los adultos le ayudan a interpretar aquello que aparece en este aparato que les brinda una de sus primeras experiencias visuales de un mundo totalmente ajeno a su vida cercana, en el cual la realidad y la fantasía llegan a confundirse y donde la acción, la rapidez y la imagen tienen predominancia.

Por otra parte, las historias que los padres y madres leen o cuentan a sus hijos e hijas, por lo general, están circundadas por un ritual que necesariamente requiere de un espacio y un tiempo compartido. La noche, antes de dormir, es el tiempo preferido; la recámara, con los pequeños metidos en su cama, es el espacio ideal. Así, cuando ya los pendientes quedaron arrinconados, inicia un tiempo mágico donde predomina el gozo compartido de introducirse en un mundo poblado por hadas y pequeños duendes, por seres fantásticos, por reinas y princesas, por luchas encarnecidas cuyo desenlace nos permite descansar con la victoria casi siempre presente del bien sobre el mal.

El ritmo de lectura y los acontecimientos que suceden en la historia narrada son casi siempre lentos y pausados, lo cual nos da la oportunidad de asimilarlos poco a poco, y adecuarlos a nuestro propio ritmo, utilizando siempre nuestra creatividad e imaginación.

Esto contrasta fuertemente con el ritmo de los programas televisivos. La imagen que estos últimos contienen, está llena de acción y movimiento, además de llenar de golpe el hueco que los lectores tienen que subsanar con la imaginación. La televisión nos da todo al conjugar la imagen con el texto, en cambio el libro requiere de nosotros para construir la imagen que corresponde a la palabra escrita. Somos nosotros, los lectores y escuchas de los libros, quienes tenemos el poder de establecer los límites y posibilidades de la narración.

Al respecto, Yolanda Reyes menciona que la lectura: "...enseña que las palabras sirven para emprender viajes, para salir del aquí y del ahora y aventurarse por lugares y por tiempos lejanos, que pueden visitarse con la imaginación. Enseña también que, gracias a las historias y a las palabras, se puede dar nombre a las fantasías y dar forma a las angustias, para sacarlas de nosotros, para expresarlas, compartirlas y, qui-

Rotmi Enciso

zás, sentirnos menos solos. Los padres cuando se sientan a leer o a contar Caperucita Roja o cualquier cuento, el que sea, están enseñando a sus hijos que la ficción es una de las formas socialmente aceptadas para nombrar lo innombrable, para explorar nuestros fantasmas y dar forma a nuestros ideales, para medirnos cara a cara con los miedos, para bajar a los infiernos y regresar ilesos, para aprender sobre la vida, sobre nuestros propios sentimientos y para escuchar nuestras propias voces".

En cambio, en la televisión los límites y las posibilidades de la historia los brinda el propio programa, al darnos imágenes que se anteponen al texto hablado y que constituyen la parte fundamental del hilo narrativo. Por ello, una parte importante de los miedos y pesadillas infantiles provienen de este aparato que pareciera inofensivo, pero que contiene historias cada vez más violentas, y el receptor las mira tal cual fueron concebidas por sus creadores, con la crueldad y la sangre, con la violencia gratuita que, por alguna razón oculta, nos atrae y sirve de gancho para cautivarnos como audiencia.

Cuando empieza la escuela

Al iniciar la escuela, por lo general la lectura adquiere otro carácter totalmente diferente. Deja de ser placer y afecto y se transforma en una obligación generalmente aburrida, compuesta de textos no significativos, de resúmenes, morfemas, lexemas y gramemas. En la escuela, la lectura y la escritura pierden su sentido lúdico; incluso, es aburrido y pesado el bautizo que la educación da a estas actividades que pueden ser gozosas: lectoescritura, le llaman, y es parte importante del currículo.

Pero también la televisión adquiere otro carácter. Ahora, su programación además de entretener se convierte en materia prima de socialización. Es cuando comienzan las presiones de los pares para ver determinados programas, y cuando los personajes y las tramas están presentes en las pláticas, en los juegos, en los dibujos y en las composiciones. Además, de que la televisión les da contacto, desde muy tierna edad, con aspectos fundamentales de la vida: la sexualidad, la violencia y la muerte. Temas que los inquietan, que platican entre ellos, y que reinterpretan de acuerdo a su conocimiento y experiencia.

Poco a poco, si el niño o la niña lograron adquirir gusto por la lectura, ésta empieza a convertirse en una actividad individual. Los padres y las madres van perdiendo el papel de liderazgo, ya que se transforma en una actividad privada y solitaria, en un grito de autonomía que responde a gustos personales. Pero si han logrado transmitir a sus hijas e hijos el gusto por la lectura, podrán sentir que, en este sentido, su misión fue cumplida.

Junto con la lectura está el ver televisión, pero como una actividad que no goza de la cercanía que tiene la lectura en voz alta. Por lo general, las madres y los padres tienen pocos elementos para orientar de cerca a sus hijas e hijos, aunque ciertamente tienen la experiencia de ser televidentes y podrían aprovechar los contenidos para generar con ellos un diálogo cercano capaz de analizar y poner en entredicho, de gozar lo gozable y de criticar aquello que no va de acuerdo con sus valores y maneras de pensar.

Son las madres y padres quienes enseñan a sus hijas e hijos el amor por la lectura, y son ellos también quienes pueden enseñarles a ver televisión de otra manera: en forma crítica y selectiva. Así, podrán adquirir lo mejor que ofrece la pantalla chica, a la vez que se enriquecen del mundo de los libros en un ambiente de confianza, comunicación, afecto e intimidad. Esto sería un esfuerzo que de verdad vale la pena.